CAPÍTULO II

Alabemos su nombre y sus virtudes.

Del nombre del Esposo se dice en los Cantares: Bálsamo derramado es tu nombre. Después del santísimo nombre de Jesús el de su santa Madre es también bálsamo preciso que Dios ha derramado en el mundo para salud de los hombres. Hállanse reunidas en el nombre de María, la majestad y la grandeza, la benignidad y la misericordia: es la soberana Reina del cielo y de la tierra y la Madre de los hombres. Al nombrarla tiemblan los demonios, los hombres se llenan de esperanza y de consuelo, los ángeles la alaban y bendicen con profunda reverencia. Su dignidad es infinita, porque es Madre verdadera del Hijo de Dios; y El mismo estuvo sujeto á Ella; y después de la grandeza divina, la de María excede

sin comparación alguna á las demás grandezas; por eso ante ella tiene que doblarse toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos, y tiene que glorificarla toda lengua, por las maravillas que el Omnipotente ha realizado en Ella. —No la adoramos como á Dios, mas el culto que le corresponde es superior al de todos los santos. Adoramos en ella la bondad infinita con que se ha dignado amarla Dios nuestro Señor; y los dones y gracias con que quiso enriquecerla, prefiriéndola en su amor sagrado á las demás criaturas.

Cuando mentamos el santísimo nombre de María, nuestras almas se sienten humilladas, con la humillación del respeto más profundo: es la Madre de Dios, la que manda en el cielo y en la tierra, es nuestra Reina; y el resplandor de la majestad y de la grandeza que brilla en su frente purísima, nos rinde á sus pies, y sólo podemos decirle: Santa, santa, santa, no con la santidad del Eterno, sino con otra excelentísima y perfecta con que Dios se ha dignado enriquecerla.

La veneración que nos inspiran la majestad y la grandeza de María aumentan más y más pensando en nuestra nada, en nuestras miserias y pecados. La luz de su pureza pone en claro cuán indignos somos de estar en su presencia. María tan perfecta en el amor divino, tan llena de humildad, tan obediente á las órdenes de

Dios y tan agradable á sus divinos ojos..... ¿hay algo de todo esto en nosotros miserables pecadores? y si lo hay, la luz de María viene á descubrirnos grandes defectos en todas nuestras virtudes. ¿Quién podrá permanecer en la presencia de esta santísima Señora llena de tanta virtud y perfección? Si no tuviéramos delante de nosotros sino la majestad y la grandeza de María, ó nos alejaríamos de Ella, ó á lo menos nuestros labios no pronunciarían una palabra; mas su nombre es un bálsamo precioso, y está lleno de suavidad y de dulzura, y Dios lo ha derramado en nuestros corazones para nuestro bien. Si María es la Madre de Dios y la Reina de los cielos y la tierra, es al mismo tiempo nuestra Madre.

Nuestro amado Señor Jesucristo compadecido de las miserias de los hombres quiso aliviarlos en todas sus penas. Venid á mí, les dijo, los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré (1); más no quiso dispensar el alivio y el consuelo solamente por Sí mismo, sino también por medio de su santa Madre; el nombre del Hijo es Jesús, Salvador del mundo, Dios con nosotros; el de la Madre es María, estrella del mar que disipa las tinieblas, calma las borrascas, consuela con los vivos resplandores de su luz y nos dirige al puerto de la vida eterna.

(1) Matth. XI, 28.

El nombre de nuestra amadísima Señora es un escudo que nos oculta á las miradas de nuestros enemigos; sus dardos no pueden traspasarlo; huyen despavoridos los demonios cuando invocamos á la Madre del Señor, ni pueden sufrir que la nombremos; saben que es la vencedora del infierno, y que en su Concepción Inmaculada y santa triunfó de todos ellos; recuerdan cual fué la pureza con que Dios la quiso enriquecer y la humildad santísima de su alma que la elevó sobre los coros de los ángeles; y aquellos espíritus inmundos se alejan de nosotros porque la inocencia y pureza de María los atormentan; y prefieren hundirse en el abismo por no escuchar el nombre de la humildísima esclava del Señor. Tengamos, pues, confianza en el santo patrocinio de María; invoquemos su sagrado nombre; y rechazando con valor las tentaciones del demonio, digamos con David: Aunque se reunan contra mí numerosos ejércitos, no temblará mi corazón; y á la hora del combate, mi esperanza no llegará á vacilar.— El Señor es mi luz y mi salvación; es el defensor de mi vida: ¿quién me hará temblar (1)? También su santa Madre está con nosotros, y después del Señor, es María la luz de mi alma y por Ella alcanzaré mi salvación; Ella defiende mi vida. ¡Oh, si en todos los peligros y comba-

(1) Ps. XXVI, 1, 3. Parafras.

tes que tenemos que sostener en esta vida la invocásemos con humilde confianza! se alejarían los peligros, y en nuestros combates saldríamos vencedores.

San Antonio de Padua decía del nombre de nuestra Reina, lo que había dicho san Bernardo del santísimo nombre de Jesús, que era miel en los labios, armonía para el oído y júbilo inefable en el corazón; y en efecto, los que verdaderamente la aman experimentan que todo es así.

Nuestros labios se endulzan con el sagrado nombre de María, porque éste nos recuerda la amabilidad incomparable de la más amorosa de todas las madres cuyo espíritu es más dulce que la miel, y la herencia más suave que el panal. María, decimos una y otra vez, y sus bondades llenan de consuelo á nuestras almas afligidas. Otros pronuncian ese santo nombre, y nuestros oídos perciben una armonía celestial, y la esperanza con todos sus encantos reanima nuestro espíritu.—Meditamos en el nombre de María, y sus misterios llenos de misericordia y de inefable piedad, inundan nuestro corazón de paz y de alegría. Nuestra amadísima Señora nació para el bien de los mortales; tiene sus delicias en procurar nuestra felicidad y nunca se fastidia de nosotros. Pensamos en Ella, y al ver que es la primera entre todas las criaturas y la más amada de Dios nuestro Señor; que es perfectísima y amable; que su gloria es superior á la

de los más elevados serafines, rebosa nuestro corazón de júbilo indecible; Ella es después de Jesucristo todo nuestro amor; lloramos de alegría, y bendecimos al Eterno que la crió tan pura y tan hermosa, y la enriqueció con tantas gracias; y no sabe que hacer el corazón pensando en esta su amadísima Señora, su dulce Madre y el objeto de todos sus amores.

¿De dónde vino al mundo ese nombre santísimo, manantial indeficiente de luz, de gracia y de consuelo? De los tesoros de la Divinidad, dice un santo (1); de la bondad de Dios, de su misericordia para con los hombres; porque El es el tesoro de todos nuestros bienes. Por esto le bendecimos y le damos gracias; pues quiso enriquecer á nuestra dulce Madre con el sagrado nombre de María; y en éste abrió para nosotros las fuentes de la misericordia y de la gracia.

Hasta aquí nos hemos ocupado en el nombre de María; hablemos ahora de algunas de sus santísimas virtudes. Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles. Así habla el Esposo en los Cantares, y añade lo siguiente: Como azucena entre las espinas así es mi Amada entre las vírgenes. No somos, pues, nosotros, sino el Esposo celestial quien la elogía.—Azucena entre las espinas, y estas espinas simbolizan á las vír-

(1) Damián. Serm. 2, de Assum.

genes. Tales expresiones nos dan la idea más sublime de la pureza de María; es Inmaculada y santa, y resplandece á los ojos del Altísimo con la luz de una pureza enteramente singular. Todos pecamos en Adán y somos hijos de ira por razón de nuestro origen; tan funesta desgracia no tocó á María á quien preservó Dios de toda mancha y enriqueció desde su primer instante con el tesoro de la justicia original y con todos los dones de la gracia.

Azucena entre espinas. ¿Quién pudo presentarse delante del Señor, tan puro y hermoso, como esta incomparable y sacrosanta Virgen? Aun más: ¿quién como Ella arrebató las complacencias del Altísimo? Que contesten los ángeles de Dios y los santos que brillan en el cielo, como estrellas de primera magnitud. A todos aventaja la preciosa Niña, en la inocencia, en la pureza y en el cúmulo de gracias que la adornan; y en Ella con preferencia á las demás criaturas, se complació Dios nuestro Señor; y ningún corazón ha exhalado, exceptuando el de Jesús, tan deliciosa y celestial fragancia como el de María; su pureza inmaculada y santa, es en el corazón de los cristianos como el germen de esa preciosísima virtud, y la savia que los vivifica y fortalece: sus púdicas miradas, sus palabras santas y su modestia tan llena de atractivo, nos inclinan al amor de la más delicada de todas las virtudes. Pensando en la Niña incom-

parable del Eterno, nuestro corazón se remonta al cielo: y sentimos en todo nuestro sér la acción misteriosa de la gracia que nos lleva á Dios. Si pensando en María nuestra alma se llena de delicias, éstas son purísimas y traen consigo la dulce paz de la virtud.

Es María como la blanca azucena entre las espinas: el recogimiento de su Corazón y su continua presencia de Dios nos enseñan lo que debemos hacer si deseamos conservar la pureza del alma: neguemos á nuestros sentidos la funesta libertad á que somos tan inclinados; ni dejemos que se disipe el corazón en deseos inútiles y peligrosos; no olvidemos el recogimiento del espíritu y la mortificación de las pasiones; pues todo esto es indispensable para conservarnos puros; y la pureza nos hará gozar de los divinos consuelos y abrirá nuestro corazón al amor de Dios. La esposa de los Cantares al oir la voz de su Amado, dijo estas palabras: Yo me senté á la sombra de Aquél que tanto había deseado, y su fruto es muy dulce á mi paladar. Me introdujo en la bodega en que tiene el vino más exquisito y ordenó en mí la caridad. ¿Por qué no amar en la Virgen santísima y en nosotros mismos, la virtud de la pureza, ya que trae consigo tan excelentes bienes? en María para tomarla por modelo de la nuestra, inclinando á la santísima Señora á conseguirnos del Altísimo ese don tan precioso; y en no-

sotros para ser agradables en la divina presencia.

Dios inició á su preciosa Niña en los misterios más profundos de su divino amor; tales misterios no eran solamente los de la salvación de los hombres por la redención de nuestro Señor Jesucristo, sino también aquellos que se referían al ser de Dios en sí mismo. El Padre inunda el alma de su Hija predilecta con una luz purísima é inaccesible á cualquiera otra criatura. María le contempla con una claridad purísima y arrobadora; El es, ha sido siempre, y será el mismo por toda la eternidad: en El no hay cambio ni la más ligera sombra de mudanza. La luz de Dios envuelve á la sagrada Virgen, y la penetra, y sumerge en los océanos de su divina claridad. Dios se le descubre amabilísimo en sí mismo y como eterno principio de toda perfección y gloria, y se inclina hacia Ella con una benignidad incomparable. María conoce que es la preferida de su amor. Todos los tesoros de ese Padre tendrán que ser de su preciosa Niña. Oye, Hija, le dice el Padre con una ternura que no podemos comprender; olvida tu pueblo y á la casa de tu padre y el Rey codiciará tu hermosura; porque El es el Señor tu Dios (1). Es su Dios y Señor; y María al escuchar esas palabras es enteramente de Dios, de

(1) Ps. XLIV, 11, 12.

ese Padre amabilísimo que la estrecha entre sus brazos y la hace descansar á su sombra divina. Yo me senté, dice á su vez la Virgen sacrosanta, á la sombra de mi Amado, y su fruto es muy dulce á mi paladar. Descanso y delicias de la hija más amada en el seno de su Dios. ¡Oh profundidad de las riquezas del amor de Dios á María! Ese descanso proviene de la vista serena y dulcísima del que es principio y razón de toda hermosura; y las delicias que inundan el Corazón de María tienen su origen en el cariño incomparable de su Dios, en la unión misteriosa y sagrada que tiene con su Majestad; nada hay en Ella que á Dios no pertenezca; y Dios la ilumina, y la dirige y tiene sus divinas complacencias en María.

Dios introduce á la Inmaculada Virgen en el santuario de su amor; Ella á su vez introduce á su Amado en lo íntimo de su alma. ¡Qué reciprocidad de afectos, de caricias entre el Criador y la criatura, entre el Padre amorosísimo y su Hija preferida! Esta Hija se siente sin fuerzas y tiene que exclamar: Confortadme con flores aromáticas, fortalecedme con olorosas manzanas, porque desfallezco de amor; y Dios pone su mano izquierda debajo de la cabeza de María, y la abraza con su diestra, y dice á las hijas de Jerusalen: Os conjuro por las corzas y ciervos de los campos, que no despertéis á mi Amada hasta que Ella quiera.—En el silencio y en el reco-

gimiento del espíritu contemplemos el sueño de María en el seno de su Padre; alejemos de nosotros los pensamientos vanos y los afectos de la tierra; pues turbariamos el sueño de la santa Niña.—Ella duerme, pero su Corazón está velando; piensa de continuo en su amoroso Padre; y su sueño hácela olvidar todo lo que no es su Amado. Su Corazón está velando, siempre atento á lo que Dios le dice, dócil á las inspiraciones de la gracia, y quiere cumplir con prontitud la voluntad divina; ya no es Ella quien vive: vive Dios en ese Corazón que es enteramente suyo.

Muy dichosos seríamos los hijos de María, si pensando en Ella y rendidos á sus pies, pudiéramos decir: Descansamos á la sombra de nuestra dulce y cariñosa Madre; y el fruto de su purísimo vientre es todo nuestro amor, es el encanto y la delicia de nuestras almas; confortadnos con flores, fortalecednos con manzanas, porque desfallecemos de amor; el Hijo y la Madre llevan consigo todo nuestro afecto, activo y diligente aun en el mismo sueño; el Hijo y la Madre nos favorezcan con su celestial amparo, pongan sobre nosotros su mano izquierda y nos abracen con la derecha, comunicándonos la santidad en todas nuestras obras y las riquezas de la gracia y la gloria.

Rendidos á los pies de María olvidémoslo todo por su amor. Si buscamos consuelos y de-

licias, los hallaremos á sus pies; y en el amor del mundo y en el desorden de las pasiones no tendremos sino tristezas y amarguras, funesta desolación y la inquietud desesperadora del remordimiento. Y nada decimos de esas sendas de ignominia y de vergüenza que tendremos que recorrer en el amor y servicio del mundo y en los placeres degradantes de los sentidos. Mas si la Virgen santísima lleva en pos de sí nuestros afectos, evitaremos los males mencionados; porque Ella da la paz, la luz y el consuelo á los que la aman.

Duérmese María en el seno de su Padre; bien lo merece ya que ha sido fidelísima y amante de su Dios, y más agradable á los divinos ojos que las demás criaturas. Nuestra dicha es inmensa pensando en la felicidad de esa Virgen á quien tanto amamos; es nuestra Madre y después de Dios todo nuestro bien: ¿cómo no gozarnos en su gloria y en el amor que Dios le tiene? y prorrumpimos en bendiciones y alabanza al que así la ha colmado de toda gracia y virtud. Bendita sea la gloria del Eterno en esta su amadísima criatura.

Si María duerme en el seno de su Dios para su propia dicha, que no se olvide de sus hijos; si así fuese tendríamos que decirle: Levantaos, ¿por qué dormis, oh Señora? ¿os olvidais de nuestras miserias y tribulaciones? Mas nunca será de esta suerte: es nuestra Madre y siempre

nos lleva consigo; y las misericordias y favores que continuamente recibimos de sus manos, así nos lo prueban. El olvido no reina en el alma de María, mas ¿podemos decir otro tanto de nosotros? La vergüenza cubre nuestro rostro y el silencio que guardamos nos acusa. Casi siempre la tenemos olvidada, sólo acudimos á su patrocinio cuando así lo exige la gravedad de nuestros males; y á pesar de esto María nunca se niega á nuestros ruegos. Bendita sea su gran misericordia y el amor que nos tiene.

Decía el Señor en otro tiempo: ¿Qué haré contigo, oh Efraín? María puede quejarse de nosotros en los mismos términos: si nos colma de favores no lo agradecemos como fuera de desear, y muy pronto la olvidamos; y si el Señor nos castiga por nuestros pecados, pedimos el perdón por medio de María; mas ¿cuántas veces después de haberlo conseguido volvemos á las culpas?

¡Oh Madre incomparable, á quien Dios colmó de gracias y dones celestiales; Vos que fuisteis tan fiel á Dios nuestro Señor, tened compasión de vuestros hijos, que tan lejos estamos de imitaros; alcanzadnos los divinos auxilios para corresponder á la gracia con prontitud y fidelidad; hacednos dóciles á las inspiraciones del Señor y encended en nuestras almas el fuego de la santa caridad que arda inextinguible en nuestros corazones; y después de Dios, sed Vos, oh Señora, todo nuestro amor.

CAPÍTULO III

Nuestros deseos.

Aquella amabilísima Señora á quien llamamos Madre y hermana, dulzura y esperanza de los hombres, Madre de Dios y Reina de los cielos y de la tierra después de Jesucristo, es todo el deseo de nuestras almas; pensamos en Ella y la buscamos por doquiera; y al no hallarla, decimos lo que la Esposa decía de su Amado: En mi lecho, en mi descanso busqué á la preciosa Niña de mis amores, y no la encontré. Me levantaré, daré vueltas por la ciudad, y buscaré por calles y plazas á la muy Amada de mi corazón. ¡Ay de mí! la he buscado, mas no he dado con Ella. Me encontraron las patrullas que rondan por la ciudad, y les dije: ¿No habéis visto á la Amada de mi alma? A pocos pasos me encontré con Ella; he abra-